

Un día de asueto

Bruce Swansey

Los ritos de sacrificio ayudaban a dar cohesión a las comunidades antiguas. En este relato, que dialoga con numerosas referencias culturales, el escritor y estudioso Bruce Swansey retoma y desarrolla con perspicacia e imaginación una historia arquetípica para explorar un tema que sigue siendo vigente: la definición de la identidad en un contexto de violencia institucionalizada.

El portón de hierro que fuera rojo brillante, ahora deslucido y comido por la herrumbre, rechinó pesadamente sobre sus goznes. Entre la calle y el patio se abría un paréntesis de sombra que también estaba hecha de murmullos inquietos. Hasta ellos llegaban los alaridos de quienes franqueaban el segundo umbral. Abandonado en la entrada debió avanzar porque no había espacio para detenerse y muchos detrás de él lo empujaban. Apenas le dio tiempo de voltear a ver a su madre quien le hacía señas sonriéndole para que siguiera.

No podía ser de otro modo ya que contaba con la edad reglamentaria para ofrecer su vida aunque apenas despuntara. Todavía pudo verla desvaneciéndose bajo la luz de la mañana. Los horrores que le habían sido susurrados ante el estanque se materializaban y ahora lo mordieron. El ruido provenía de adentro denunciando una actividad febril. Gritaban, pero también correteaban frenéticamente, caían, pujaban, encadenados por impulsos opuestos pero complementarios.

A pesar del ruido que provenía de detrás del segundo portón, pudo escuchar los autos que circulaban afuera y deseó ir a bordo de alguno. No importaba adónde se dirigiera con tal de alejarse. Lo malo era que ninguno se detenía. Aun si hubieran sabido lo que estaba por

ocurrir habrían preferido no involucrarse. Ya se sabe que las víctimas nunca tienen razón.

Afuera los pájaros trinan y el viento estremece el follaje. Ésa es la forma que tiene la fatalidad de jugar con el terror de la víctima. El portón selló con su pesado rechinido el encierro. Todos se movían incesantemente apoyándose en un pie, luego en el otro, retorciéndose los brazos, llevándose las manos al pecho para defenderse de la oscuridad. Pasó otro automóvil, las llantas friccionando el pavimento, el rumor que se aleja como impulsado por el viento. Un miedo semejante los une. Lo peor es creer que sus padres los condujeron allí a sabiendas de que esa mañana soleada y fresca sería la última. La segunda puerta rechinó inundando la desembocadura del pasillo con un torrente de luz que los hizo encoger los párpados.

Una traición que mediante halagos, mimos y palabras dulces es la antesala del horror. Todos conocían la magnitud de la trampa en la que habían caído. Estaban perdidos.

El sol continuó su ascenso hasta alcanzar la mitad del orbe y agobiado por la tensión y por el calor comenzó a adormilarse aunque debiera mantenerse vigilante. Luchó con todas sus fuerzas contra el sueño respirando profundamente, hincándose las uñas en los brazos, mor-

diéndose la lengua, pero la cabeza se le iba y aunque se resistía desesperadamente las caídas eran cada vez más profundas hasta que una lo venció.

Fue entonces cuando los desnudaron y coronándolos con espigas teñidas de rojo les pintaron el cuerpo, la mitad color terracota, la otra mitad blanco. Los obligaron a marchar con otros que también habían sido despojados de su ropa y pintados de idéntica forma. Era el arranque de la primera transformación. Fueron separados por vallas y conducidos en grupos pequeños a un corral vacío en el que sobresalían estructuras en forma de ángulo rematado con un tronco transversal, pintadas en distintos colores: predominaban el amarillo y el rojo, pero también había azul intenso y verde sombrío.

Al pie de esas estructuras los hombres los obligaron a beber una pócima turbia en la que flotaban hierbas maceradas cuya propiedad era suplantar el terror convirtiéndolo en júbilo. Los testigos de semejantes preparativos golpeaban imperturbables grandes tambores, hacían sonar los atabales y ululaban.

Después los condujeron en estado eufórico hasta aquellas estructuras y escogiéndolos al azar los ataron, las piernas bien abiertas, los brazos ceñidos al tronco transversal que remataba cada estructura. Dos hombres esperaban, los cuerpos y cabelleras ensangrentados. Uno sostenía el garrote. A una señal de los tambores, los hombres se acercaron y uno alzó la cabeza de la víctima para facilitar que el otro ejerciera presión hasta fracturar el cuello, que cedió con un sonido leve y seco.

El hombre que tenía las manos libres, el más fuerte, desató el cuerpo que se deslizó al suelo y haciéndole una incisión extrajo el corazón depositándolo en un cuenco de oro. Inmediatamente después procedieron a desmembrarlo. Luego depositaron la sangre y los pedazos de carne y vísceras en cuencos de barro ofreciéndolos a los congregados, pero el corazón se reservó para enterrarlo bajo un árbol mustio y polvoriento cuyas hojas embarraron de sangre.

Abandonados sobre el polvo había miembros detenidos en una danza sin torso, manos que buscaban los brazos a los que hasta hace poco pertenecieran y que abandonadas cerca de una mancha de sangre parecían sostener delicadamente un oscuro velo. El hedor de la sangre corrompía la jornada.

—El sacrificio de un hombre alegre a la Divinidad durante mil años y el de tres hombres durante tres mil años —repetían monótonamente.

En una de las esquinas —porque se trataba de un cuadrilátero— se erguía una plataforma rematada por una torre circular a la que ascendía una escalerilla. Una vez arriba se luchaba para no ser empujado al vacío al que finalmente, por cansancio o por deseos de terminar cuanto antes, las víctimas se abandonaban ante la avidez de los sacerdotes que esperaban abajo para aplastarlos.



Caspar David Friedrich, *Tumba de Hutten*, 1824

Aunque dudaran acerca de sus poderes para aplacar la ira de los dioses o peor, su abandono, había que inmolarnos. Sólo la vida de un hombre tiene poder para rescatar la vida de otro. Había que satisfacer la sed de los dioses juntando sangre más rápida que el relámpago y más activa que el rayo.

No todos permanecieron en aquel corral siniestro desde donde podían contemplar las acciones de los hombres cubiertos con cascos bruñidos coronados de cuernos, relucientes bajo el sol.

Otros fueron conducidos a un subterráneo. Acostumbrados a la oscuridad pudieron advertir una débil fuente de luz. Así se reconocieron furtivamente aunque desde la más remota distancia, como dicen que los muertos contemplan a los vivos. Los rescoldos crepitantes les revelaron bosques cuyos árboles se animaban al conjuro de la palabra y brujas ávidas y ogros hambrientos. Había también animales que parecían más humanos que quienes afuera perseveraban en sus movimientos frenéticos y en la crueldad sistemática con sus semejantes. Algunos hablaban y contaban historias muy divertidas. Era imposible saber cómo o de dónde surgían aquellos seres ni tampoco qué se proponían.

—¿Tú sabías esto? —le preguntó un muchacho.

Negó con la cabeza porque tenía la lengua pegada al paladar. A pesar de la oscuridad podía distinguir una barda, no tan alta como para impedir, al acercarse, con-



Caspar David Friedrich, *Paisaje con tumbas*, 1837

templar los monumentos que parecían hechos de sombra concentrada. Era el cementerio. Había una puerta de silencio.

Permanecieron en una espera ansiosa porque en la oscuridad acechaban presencias súbitamente cercanas.

Otro vecino, bajo de estatura y firme, susurró.

—Soy huérfano, ¿sabes?

No habría otra salida.

—Nos trajeron aquí para pelear contra los muertos.

Era difícil reconocer el espacio. No podían distinguir sus confines ni su profundidad. Por eso preferían mantenerse fijos, atentos y atisbando por el rabillo de los ojos la danza de los fantasmas: un soplo detrás del lóbulo de la oreja, el sonido de una voz gutural donde arranca la nuca, un alarido que rasga la oscuridad y puertas que se azotan o los golpes de una carrera que súbitamente se extingue en el más absoluto silencio. Era imposible romper el cautiverio, encontrar los senderos hacia una mañana soleada que se había quedado afuera.

Primero la noche, luego el bosque y aquí la barda erizada de vidrios rotos y púas de acero que deben escalar.

—¡Mi mano! —dijo en la oscuridad, sintiendo la sangre.

—¡Hay vidrio molido! ¡Cuidado!

Otro muchacho le pasó un pañuelo con el que se envolvió la mano herida. La oscuridad y el silencio se adensaron. Los árboles eran sombras súbitamente animadas. Entre los muchachos se abrían huecos negros y muy pronto, uno tras otro, se lanzaron al vacío. Al otro lado se oía crujir las ramas y las hierbas sobre las que caían. Podían

escuchar los murmullos de quienes permanecían del otro lado, dentro del cementerio.

—Antes visitaba la tumba de mis padres cada domingo.

Infeliz aquél a quien su infancia le trae recuerdos de pesadilla y desolación que transcurren los domingos hundidos en el légamo tumefacto de los templos. Arden desperdigadas fuentes de luz lívida que escurre sobre paredes de piedra brillante por la humedad.

Se dirigieron al centro del cementerio y llegaron a un sitio más elevado que semejaba una plaza cenicienta que podría haber sido un espacio sagrado, un escenario o un altar. De tanto en tanto algo rechinaba gravemente, como si los cascos de dos naves demasiado cercanas se rozaran entre sí, un sonido submarino, velado por el agua, una queja herrumbrada. Siguieron en compañía compacta hacia donde se abría la boca de una cueva de la que exhalaba una humedad fétida.

El túnel se hundía en la tierra, hacia cuyas entrañas avanzaron en una hilera extrañamente silenciosa. A pesar del piso de piedra sus pasos eran silentes, como si caminaran sobre una superficie afelpada. Aunque la oscuridad inundaba el lugar después de un rato se acostumbraron y lo identificaron. Las paredes exudaban humedad igual que el piso, donde sus zapatos se pegaban al lodo. A veces se abría la boca inmensa de otro túnel y había recesos cavados a manera de cámaras.

Una fosforescencia pálida volvía más oscuras las sombras jadeantes que aumentaban y disminuían a cada paso, recortando sus figuras monstruosas contra las paredes y el techo abovedado.



Caspar David Friedrich, *Abadía en el robledal*, 1810

El descenso se hizo más pronunciado y el túnel giró estrechando sus anillos. El piso estaba mellado, la humedad se hacía más agobiante y la pálida luz esboza osarios que despiden un hálito gélido. Es mejor no ver.

Se detuvieron agotados.

—Túnel, regálame el sueño.

Y esperaron una señal. Pasó una ráfaga de viento. Entonces cerraron los ojos y descansaron de pie apoyados unos contra otros.

—¿Qué pasa? ¿Fuiste tú? Se me enchina la piel. Soñé que el túnel era una serpiente que nos tragaba.

—No tengas miedo. El sueño es de buena suerte. Quiere decir que podremos destruir lo que nos espera en el fondo.

El olor acre a espacio condenado se hace más denso y penetrante. Los peldaños ya no son bloques de piedra sino huecos escarbados en el interior del pasadizo.

Son varios los que forman la cadena. Cuando enfrenten el auténtico peligro el miedo que los iguala puede volverse en su contra, volviéndolos verdugos. Aferran las manos y desean nunca ser más que quien sigue al compañero y a su vez es seguido. El silencio se ha vuelto un vacío. Las chicharras, las aves, el viento, las ramas de los árboles, incluso el silencio mismo han desaparecido. Ni siquiera oyen sus pasos conforme descienden al lado de otras cámaras rascadas en la roca, catacumbas apestadas y galerías de pánico que se hunden en la oscuridad.

—Laberinto, regálame el sueño.

Y esperaron una señal. Pasó una ráfaga de viento. Entonces cerraron los ojos y descansaron de pie apoyados unos contra otros.

—Tengo frío. Soñé que el túnel era una enorme serpiente que estrangulaba el mundo.

—No temas. El sueño quiere decir que la serpiente liquidará lo que nos espera debajo.

Se dirigen adonde reside la maldad original, el horror que sólo puede contenerse en semejante subterráneo.

La danza de un pabilo azulado y pálido, el chasquido del agua lenta y pesada, densa como el aceite, son indicios de haber llegado. Los peldaños se ensanchan y la flama torna el azul por el verde de los fuegos fatuos que arden helados en los cementerios. Una llama leprosa chisporrotea en el centro del laberinto donde crecen hongos ponzoñosos que secretan venenos de un rojo sombrío. Un mundo verde y gris en el que se retuercen innumerables anillos de larvas translúcidas y gusanos blanquecinos.

Tendrán que prepararse para enfrentar un horror más allá de cualquier imaginación ya que en el centro del infierno vive eso.

—Fosa, regálame el sueño.

Y esperaron una señal. Pasó una ráfaga de viento. Entonces cerraron los ojos y descansaron de pie apoyados unos contra otros.

—¿Tú me tocaste? Tengo miedo. Soñé que nos envolvía el fuego y después no quedaba nada más que cenizas.

—No te asustes. El sueño quiere decir que triunfaremos y de lo que nos aguarda abajo no quedará nada.

A pesar de su gordura colosal se mueve con una velocidad desconcertante. Crean que se desmayarán de horror pero lo contrario es cierto. Aprieta la mano de quien

lo sigue e inmediatamente responde con otro apretón. Lo mismo sucede con los giros del cuerpo. Una presión indicará ponerse en posición, las manos entrelazadas, los torsos en una misma dirección y la pierna derecha lista para dar el primer paso. Dos significa “adelante” para que comience la danza. Su propósito es cegarlos. Un apretón muy fuerte significa estar preparados para volar. Las manos se enlazan y es como tocarse los corazones.

—Abismo, regálame el sueño.

Y esperaron una seña. Pasó una ráfaga de viento. Entonces cerraron los ojos y descansaron de pie apoyados unos contra otros.

—¿Qué fue eso? Soñé que un monstruo nos despedazaba. Sentí su aliento fétido sobre el rostro.

—No te inquietes. Significa que la muerte segará la vida de lo que nos espera debajo.

Distinguen la luz palpitante y se dirigen al resplandor lívido. Van cautelosos, atemorizados incluso por el sonido de su respiración. Piensan que no podrán más pero dan otro paso que los acerca al umbral donde eso acecha. El que va al frente se adelanta.

Forman una línea que reemplaza la dispersión y la voluntad sustituye al pánico. La señal viaja de prisa a lo largo de la hilera. Lo que pasa al frente y al final llega a todos, que así avanzan zigzagueando en la oscuridad.

El cordel humano sigue en una espiral zigzagueante, la mitad de la cintura para arriba inmóvil, la mitad inferior determinada por los pasos de una danza que les da el aspecto de un enorme ciempiés.

El monstruo los espera respirando fuego y alterna el peso balanceándose impaciente por actuar. La espiral avanza sinuosa ocupando la mitad del centro, donde está el antro iluminado por el fuego de las antorchas. Dan vueltas y más vueltas, tornan las cabezas a un lado y al otro, giran los troncos y alzan las piernas en el frío cavernoso.

Al lado de la hoguera aquello aguarda. En una de las paredes cuelga un letrero en el que está escrito: “Casa del Burro Delfino”.

La luz de la hoguera muestra montículos simétricamente ordenados, astillas encendidas, ascuas dispuestas en forma de estrellas y en el suelo se alzan primorosamente ordenadas pequeñas pirámides de piedra. Los huesos le sirven para decorar la galería. Hay cruces en todas sus posibles variaciones y esqueletos artísticamente sentados en el lodo entre los gusanos. Lo importante es actuar en conjunto. Sólo de esta manera podrán vencer. Todo dependerá de la decisión con la que irrumpen en aquel recinto y de la celeridad y concierto con que lo atraviesen.

Deberán mantener las manos enlazadas y proseguir sus movimientos rítmicos que han logrado encantar al monstruo que se detiene incapaz de aislar un cuerpo del resto pero el menor titubeo significará la muerte.

—Ésta es la hora propicia. Éste el momento indicado.

El desconcierto de eso les hace creer que las víctimas que los han precedido encontraron su fin individualmente. Hay que cruzar el centro del laberinto porque al otro lado se vislumbra la continuación del túnel. Siguen sus giros sinuosos aproximándose al monstruo, cuya agitación crece indeciso acerca del punto donde debe romper la formación. Los cambios de trayectoria lo confunden. Tan pronto ve un animal frágil como uno poderoso que se transforma constantemente ante sus ojos ofreciendo resistencia e inmediatamente después desvaneciéndose como manto de rocío.

Eso bloqueaba la salida del antro. Su respiración pedregosa y difícil amenaza un estallido inminente. Es cosa de elegir un flanco para cargar pero la fila se rompe a tiempo, perfectamente coordinada con el monstruo, torpe para cambiar de dirección. La pocilga trepidó.

Como lo habían calculado tantas veces en las plazas de sus pueblos, recibieron al monstruo con una voltereta en el aire recuperando inmediatamente la danza espiral. Recuperándose volvió a embestir y de nuevo los jóvenes volaron y reanudaron su danza en dirección a la salida. Era difícil ver el piso por la polvareda que afortunadamente resta nitidez a las facciones del monstruo pero subraya sus intenciones. Por ello los jóvenes se situaron entre él y la pared de la cueva.

El monstruo los mira indeciso calculando cómo destrozarlos. Luego arranca y se abalanza pero en lugar de atinar a sus víctimas que se abren para dejarlo cruzar pega contra la pared descornándose. Ellos continúan su danza hasta la entrada al túnel, donde comprueban que al contrario de la apertura por la que se habían introducido en la cueva subterránea, hay otra que conduce a la superficie.

En cuanto al monstruo, nadie sabe. Se cree que murió a causa de su propia fuerza y que el golpe que lo derribó sólo él era capaz de asestarlo. Lo dio con la fuerza descomunal de su cuerpo entero haciendo temblar la tierra. Fue así como varias ciudades desaparecieron sepultadas entre escombros y surgieron las montañas que rodean el valle. Nadie sin embargo lo sabe con certeza porque desde entonces el lugar está desierto excepto por las cigarras que en verano baten sus élitros frenéticamente para festejar el triunfo de los jóvenes.

El portón rechinó disipando la oscuridad que los separaba del exterior y que cruzó tranquilamente. Afuera lo esperaba su madre.

La luz lo cegó un momento.

—¿Cómo te fue?

Torció las comisuras de los labios hacia abajo y levantó los hombros como quien no tiene nada nuevo que comunicar.

—Bien. **u**